

Por la escuela del hacer

FRANÇOIS DUBET

Profesor emérito,
Universidad de Bordeaux

TRADUCCIÓN:
Luciano Souto

RESUMEN

Con la masificación de las escuelas que ha ampliado el acceso a los estudios, aunque sin por ello reducido la desigualdad del éxito académico, la escuela se ha convertido en una máquina clasificadora tan implacable que los diplomas juegan un papel decisivo en el acceso a la educación y al empleo. Uno de los principales riesgos inducidos por esta evolución es el de reducir las culturas escolares y los aprendizajes a esta función de clasificación. Razonablemente, la mayoría de los estudiantes aprenden para alcanzar el éxito sin adherirse profundamente a las culturas escolares.

Entonces, ¿qué debe uno aprender? Por supuesto, coincidiremos en la necesidad de proporcionar a todos los estudiantes los conocimientos básicos. Pero la reflexión sobre los programas es necesariamente limitada en la medida en que cada disciplina defiende su programa y en que el programa envejece más rápido que el conocimiento. Por lo tanto, debemos cambiar nuestra forma de pensar, considerando que los conocimientos útiles para las sociedades y los individuos son los que quedan después de que los estudiantes terminan la escuela.

Para lograr este objetivo, los estudiantes deben hacer algo en la escuela. No basta con que aprendan ciencia o literatura, tienen que hacer experimentos científicos, tienen que escribir, tienen que montar obras de teatro, tienen que hacer deporte, tienen que construir Fab Labs, etc. Las cosas que hacemos son las que quedan en el aprendizaje, en las habilidades y en las memorias. Si bien el conocimiento está actualmente disponible en todas partes gracias a las pantallas, el aula debería ser el lugar donde los estudiantes hacen algo, producen, experimentan, aplican sus capacidades intelectuales y sociales. La función de clasificación no cesará, pero todos habrán aprendido a interactuar con los demás. Evidentemente, se trata de una revolución cultural y sabemos que son las más largas y más difíciles de lograr.

Palabras clave: aprendizaje, cultura escolar, *hacer*, programas escolares

ABSTRACT

With the massification of schools that has expanded access to studies, although without reducing the inequality of academic success, the school has become such a relentless classifying machine that diplomas play a decisive role in access to education and to employment. One of the main risks induced by this evolution is that of reducing school cultures and learning to this classification function. Reasonably, most students learn for success without becoming deeply attached to school cultures.

So, what should one learn? Of course, we will agree on the need to provide all students with the basic knowledge. But reflection on programmes is necessarily limited to the extent that each discipline defends its programme and that the programme ages faster than knowledge. Therefore, we must change our way of thinking, considering that useful knowledge for societies and individuals is what remains after students finish school.

To achieve this goal, students must do something at school. It is not enough that they learn science or literature, they have to do scientific experiments, they have to write, they have to put on plays, they have to play sports, they have to build Fab Labs, etc. The things we do are the ones that remain in learning, skills and memories. Although knowledge is currently available everywhere thanks to screens, the classroom should be the place where students do something, produce, experiment, apply their intellectual and social skills. The ranking feature will not stop, but everyone will have learned how to interact with each other. Obviously, it is a cultural revolution and we know that they are the longest and most difficult to achieve.

Keywords: learning, school culture, doing, school programmes

Trataré de defender una tesis en la que planteo que la escuela debería servir como un espacio para que los alumnos hagan cosas. Que no fuera tan solo un lugar donde aprendan conocimientos a través de lecciones, sino un lugar donde se impartan actividades para que hagan cosas. Primero, quiero recordar que la forma escolar, es decir, el aula, las lecciones, las pruebas, los alumnos en silencio, la ruptura entre escuela y la sociedad, proviene de una vieja escuela católica, sobre todo de una escuela jesuita. Y esta forma escolar, la del profesor que habla y alumnos que escuchan, se ha desbordado. Es la única escuela. Y en un país como Francia, esta forma escolar se ha convertido en el estándar de vida escolar. El alumno aprende sometido a una disciplina escolar, y, como esta disciplina está dominada por valores universales, en realidad, se cree que, al obedecer, el alumno va a liberarse. Como una suerte de milagro pedagógico. Me someto a la disciplina, por ende, me convierto en un sujeto autónomo: un ciudadano, un hombre, una mujer de razón, de cultura. Esta ha sido la forma escolar dominante durante dos, tres siglos. En suma, la vida escolar, la representación de los docentes y la concepción que tenemos de la escuela, claro que con ciertos matices según las tradiciones y países. Pero este es el marco en el que todavía nos encontramos hoy. Sin embargo, el movimiento de masificación escolar que hemos conocido, es decir, la multiplicación en muchos países del número de estudiantes de distintos ciclos, y el hecho que la escuela haya abierto sus puertas a todos, dejaron esta forma escolar profundamente trastocada.

Desde luego, la masificación escolar ha ampliado el acceso a la escuela, lo cual es un progreso, pero al mismo tiempo, cuanto más la escuela se abre, más se convierte en una máquina de selección. Es decir, una de las funciones de la escuela es la de seleccionar los alumnos de acuerdo con sus resultados escolares. Los mejores llegarán más lejos. Los demás abandonarán antes la escuela para ir a trabajar. Y esta función de selección, de separación de alumnos, es tan fuerte, que cuanto más la escuela se masifica, los diplomas más inciden decisivamente en la vida de las personas. Este mecanismo de masificación y de selección, que son dos cosas que van muy de la mano, conlleva varias consecuencias. La primera, tal y como apunta la mayoría de las encuestas, es que los alumnos conciben la cultura escolar y los aprendizajes como modos de ser seleccionados. En realidad, elijo las

matemáticas no porque me gusten las matemáticas sino porque las matemáticas son buenas para ser seleccionado. Elijo determinada disciplina porque es buena para ser seleccionado. Por tanto, los alumnos tienen una conducta racional al elegir los aprendizajes más eficientes para poder pasar en las pruebas de selección. Y, mirándolo bien, la relación de cara a la escuela se vuelve cada vez más utilitarista, racional. Y esto se da en sistemas escolares muy liberales, como el caso de Chile. Pero tenemos el mismo mecanismo en un sistema muy estadista, como el francés. En el fondo, vemos conductas similares en ambos sistemas.

Otro cambio que induce esta masificación y selección escolar es que las familias se vuelven estrategas. Es decir, las familias van a elegir las mejores formaciones, las más destacadas, las más eficientes. Se trata de un mecanismo muy desigual, porque las familias que pueden permitírselo, ya sea por su capacidad económica, ya sea por sus aptitudes sociales, podrán elegir. Con lo cual, la masificación, además de ser un progreso, porque muchos tienen acceso a los estudios, también es una tremenda decepción, porque las desigualdades escolares no han sido reducidas. De cierto modo, hemos abierto las puertas de la escuela, pero las desigualdades permanecen igual o casi igual de fuertes que antes. Esta es la transformación de la escuela en un 'mercado'. En competencia permanente.

El segundo cambio, que surgió en los últimos 30 años y es de índole algo distinta, es que la relación con la cultura y el saber se ha transformado profundamente. Hasta la década de 1960, 1970, la escuela tradicional goza de una autoridad moral y educativa, ya que nadie discute el valor moral, educativo, científico, cultural: el valor de la cultura escolar. La autoridad de la cultura escolar se impone a todos. De hecho, la autoridad del maestro, la autoridad de los docentes deriva de la autoridad de la cultura escolar. El profesor de ciencias encarna la ciencia, el profesor de letras encarna la cultura. En la práctica, la escuela funciona como una suerte de iglesia. Para decir las cosas sin ahondar demasiado en el tema, como una iglesia donde los principios universales de la razón, de la cultura, del compromiso con las instituciones, de la confianza democrática en países democráticos, no son refutados. La escuela es como un templo de la cultura y de la civilización. En realidad, creemos que, porque

la disciplina escolar encarna estos valores universales, el alumno que obedece al maestro acabará siendo más libre, más fuerte, más honorable que los demás. La cultura escolar, en realidad, posee algo milagroso. Transforma la obediencia en libertad. Sin embargo, el modelo que yo acuñé ‘programa institucional’ ya no funciona por tres razones. La primera es que, para la escuela, el alumno deja de ser un santuario. La masificación escolar ha abierto las puertas de la escuela a la infancia, a la adolescencia, a la cultura de masas, a los colegios mixtos, a la afirmación personal. La escuela dejó de ser un monasterio. Es un espacio abierto a otras culturas, otras emociones. Cuando se les pregunta sobre la escuela, los niños dicen estar encantados con ella, por sus amigos, sus compañeros y su vida juvenil. Pero en ningún caso por las enseñanzas que se les imparte. La segunda razón es que la escuela ya no tiene el monopolio de la cultura y de la información legítima. La revolución de internet, la revolución de las pantallas, la revolución de la comunicación de masas hace que la escuela ya no tenga hoy el monopolio de la ciencia, de la razón, de la cultura. Basta con tener una computadora o un teléfono celular –y casi todos los estudiantes, al menos en mi país, tienen un celular– para disponer de las informaciones que la escuela dejó de dar o ya no tiene la capacidad de dar. Es decir, la cultura escolar se vuelve relativa. Es una cultura más entre otras. Es una cultura entre otras culturas. Nos puede interesar el teatro, el cine o la literatura sin pasar por la escuela. Podemos comprender el mundo sin pasar por la escuela. No es necesariamente algo bueno, pero, en todo caso, se da por hecho. Esto es cierto tanto para los alumnos, como los apoderados y toda la sociedad. La escuela perdió el monopolio de los valores y de la cultura.

Y la tercera razón es que la escuela se enfrenta hoy día a la transformación de la concepción misma del individuo y del sujeto, quien tiene derecho a la autenticidad, la libertad, la singularidad. Cada uno tiene el derecho de ser uno mismo, sin someterse primero a la educación colectiva, etc. En definitiva, el riesgo es reducir la escuela a una función de selección social y de selección escolar. Por un lado, es una máquina enfocada en repartir individuos en la jerarquía social. Y esta máquina lo hace decepcionándonos cada vez más, porque la competencia escolar entre los grupos sociales, las familias y los individuos, resulta ser una competencia, huelga decirlo, nada igualitaria. Siempre ganan los mismos, siempre pierden los mismos.

Si yo fuera chileno, diría que la Dehesa, la comuna rica de Santiago, es la que gana. Y que las poblaciones siempre pierden, aunque todos tengan acceso a la escuela. Esto es muy importante porque el aumento de las desigualdades escolares crea sentimientos de injusticia extremadamente fuertes.

Estamos enfrentados a una paradoja. La escuela de hoy es menos desigual e injusta que la de ayer, pero es vivida como más desigual e injusta porque todos van a la escuela. A todos se les da la esperanza, en cierto grado, de poder ganar. En consecuencia, se observa en todos los países europeos y al norte de los Estados Unidos un fenómeno extremadamente desconcertante. Y es que los vencidos de la competencia escolar pierden confianza en los valores transmitidos por la escuela. Por un lado, los ganadores de la competencia escolar, es decir, los que estudian carreras largas y notables, se sentirán comprometidos con los valores de la razón, de la ciencia, de la democracia. Mientras que los vencidos van a rechazar, en cierto modo, estos valores escolares, y optarán, quizá, por dejar de participar en la vida política. Quizá votarán por partidos autoritarios. Algunos preferirán a Trump, otros el Brexit, o votarán a favor de partidos de extrema derecha. Y entonces la escuela crea una división política nueva, extremadamente peligrosa para las sociedades democráticas.

Por fin, veremos el desarrollo –y, por cierto, lo hemos visto repetidas veces, a raíz de la crisis del COVID–, de las fake news, las teorías de la conspiración, la irracionalidad científica. Dicho de otro modo, es como si la influencia de la escuela, la misma que debe desarrollar la razón, la confianza, la creencia en la ciencia, surtiese efectos en la minoría que triunfa en la escuela, ya que los demás rechazan los valores de esta. Lo que demuestra que hay una tremenda crisis educativa. La escuela se convierte en una máquina que selecciona individuos, y ya no es vista como una máquina que educa, transforma y eleva a las personas.

Entonces ¿qué debemos hacer? Para muchas personas, en el caso de los muy conservadores, debemos volver a la escuela de antaño. A una escuela que habría sido maravillosa en el pasado. Cosa que, naturalmente, no comparto. ¿Qué debemos hacer? Evidentemente, es necesario aprender y hacer que los alumnos aprendan los conocimientos básicos. La buena escuela es aquella que se ocupa muy bien de todos los niños, para que todos sepan lo que hay que

saber: leer, escribir, contar. Saber lo esencial para vivir una vida normal. Pero eso no es suficiente. Y no es suficiente porque nos damos cuenta de que todo lo adquirido en la escuela no permanece en la vida social. Nos percatamos de que gran parte de lo que se aprende en la escuela se olvida muy rápido luego de haber sido seleccionado. De cierto modo, se aprende para probar exámenes y luego olvidar muy rápido todo lo aprendido. Por tanto, es necesario cambiar nuestra forma de pensar y considerar que los conocimientos adquiridos en la escuela deben consolidarse y deben permanecer. Deben estar activos una vez terminada la escuela. Por ejemplo, debemos conservar el conocimiento de lo que es el espíritu científico, el método científico, aunque nunca nos dediquemos a la ciencia. Debemos entender lo que son las culturas, aunque no lleguemos a ser profesores de literatura o escritores. Es necesario que todo lo que se aprende permanezca. Sin embargo, ello implica cambiar el modelo escolar. Es necesario que, de cara a nuestro día a día profesional, todo lo aprendido en la escuela esté siempre a nuestro alcance y pueda ser en todo momento movilizado y activado. Esto nos lleva a reflexionar sobre la forma escolar y a redefinir una función educativa. La idea que quisiera defender es que, para alcanzar esta meta, para que la cultura escolar se asiente de forma duradera en la mente de los alumnos, es necesario que estos hagan cosas en la escuela. La escuela ya no debiera de ser aquella donde solo se dan lecciones, sino la escuela donde se hacen cosas. No basta con tener lecciones de ciencia, hay que hacer ciencia. No basta con tener lecciones de literatura, hay que escribir. Hay que montar obras de teatro, hay que hacer deporte, hay que hacer informática. Y hago hincapié en la palabra 'hacer'. Hay que dedicar tiempo para hacer cosas en la escuela. Sin embargo, cuando les pregunto a los estudiantes en Francia, me dicen que en la escuela no hacen nada. Aprenden lecciones, las recitan, y luego las olvidan, de cierto modo.

Es necesario cambiar el modelo educativo y que la escuela sea el lugar donde hagamos cosas. Esto es tan imprescindible, que ahora sabemos que, gracias a las pantallas, a las redes y a internet, los estudiantes podrán seguir aprendiendo conocimientos que están a su entera disposición. La escuela, pues, es el lugar donde hacemos cosas. Mientras que delante de una pantalla, encerrados en una habitación, no hacemos nada. Ingerimos, tragamos conocimientos. Por eso, la

escuela debiera ser la escuela del hacer. Entonces, es necesario que hoy día los estudiantes puedan estar expuestos a situaciones de trabajo en conjunto en la escuela.

En realidad, quisiera plantear que la vida en el aula debiera asemejarse a la de un taller. Debiera asemejarse a la vida misma. Es decir, debemos crear experiencias. Debemos hacer teatro, debemos escribir textos, debemos hablar una lengua extranjera. Porque solo la escuela puede lograr esto. Las pantallas no podrán hacerlo. El mundo de la escuela debe, pues, ser un mundo en el que actuamos, en el que vivimos experiencias. Además, esta escuela donde hacemos cosas, esta escuela del hacer, puede también ser democrática, puesto que hacemos cosas juntos. Hacemos ciencia juntos, hacemos máquinas juntos, hacemos deporte juntos, hacemos arte juntos, hacemos música juntos. Mientras que, en el modelo escolar tradicional, estamos solos. Es necesario, pues, crear lazos de solidaridad, lazos de confianza entre los alumnos, ya que están obligados a actuar juntos. Desde este punto de vista, la escuela, donde hacemos cosas, puede ser una escuela democrática porque aprendemos a actuar juntos. Esta transformación requerirá que las escuelas funcionen como comunidades educativas.

El trabajo del docente ya no es el mismo. Supone que los docentes sean capacitados. Y no es algo imposible tener escuelas más comunitarias y solidarias, y docentes mejor capacitados. A fin de cuentas, sabemos que los países de mayor éxito son los que mejor capacitan y mejor pagan a sus profesores. Y son estos los lugares donde mejor se vive. Pero no nos hagamos ilusiones. La función de selección escolar, la función de reproducción de las desigualdades no desaparecerá. Por supuesto, no deja de ser una demanda social muy fuerte. Pero creo que podríamos restaurar, de una nueva forma, una función educativa de la escuela. Aquella función ‘moral’ de la escuela, como diría el sociólogo francés Émile Durkheim, si la escuela ya no es la del aula, las lecciones, las pruebas y el silencio de los alumnos, sino una escuela en la que hacemos cosas juntos, en la que actuamos juntos. Creo que las personas y las sociedades se beneficiarían de ello, al igual que la democracia.

Recepción: 05/06/2022

Aceptación: 19/06/2022

Cómo citar este artículo:

Dubet, F. (2022). Por la escuela del hacer (L. Souto Trad.). *Teatro*, (7), 63-70. <https://doi.org/10.5354/0719-6490.2022.68003>